

LO QUE DEJÓ LA CRECIENTE · MARINA OCAMPO

PRIMER CAPÍTULO · PARA LEER GRATIS

Lo que dejó la creciente

Una novela de Marina Ocampo



ANTES DE EMPEZAR

Este es el primer capítulo completo, tal como está en el libro. Se puede compartir. Si al terminarlo querés saber qué había en el sobre, el libro entero está en librerías, en Mercado Libre y en Kindle: vickymoreno.com.ar/creciente

UNO

La línea

La creciente se llevó media casa de la madre de Julia y dejó, en la mitad que quedó, una línea marrón a la altura del pecho. Julia vuelve a Villa Ocampo después de veinte años para decidir qué se salva. Cree que va por unos días.

El colectivo la deja en la ruta a las seis de la mañana y desde ahí camina. No hay nadie que la vaya a buscar: Tomás dijo que tenía que abrir el taller y que la casa no se iba a mover de lugar. Tiene razón en lo segundo. Lo que se movió fue todo lo demás. El camino de tierra es ahora un camino de barro seco, partido en placas, y en los alambrados quedaron colgadas bolsas, ramas, una silla de plástico blanca, como si el río hubiera pasado ordenando a su manera.

La casa aparece antes de lo que recordaba. Le faltan la galería y la pieza del fondo, la de ella. El resto está de pie, con las ventanas abiertas para que se vaya la humedad, y sobre el revoque, pareja como si la hubieran pintado con regla, la línea. Julia se para en la puerta y la línea le queda justo donde termina el esternón. Piensa que la casa respiró hondo una vez y nunca más.

Adentro huele a tierra y a papel mojado. Alguien, Tomás o un vecino, apiló las cajas sobre la mesa para que no siguieran en el agua, y en la caja de arriba, con una letra que Julia reconoce antes de entender lo que dice, hay un sobre que dice *Para Julia, cuando vuelva*.

No lo abre. Lo deja donde está, apoya el bolso en la única silla seca y va hasta la cocina porque hay que hacer algo con las manos. La heladera está desenchufada y abierta, con una toalla en la puerta. Las hornallas funcionan. Hay una pava, hay yerba en un frasco alto que el agua no alcanzó, hay un mate con la bombilla puesta como si la madre lo hubiera dejado ahí un rato antes. Julia lo lava con más cuidado del que hace falta.

Mientras espera que hierva mira por la ventana el lugar donde estaba su pieza. Quedó el piso, un rectángulo de mosaicos ahora al aire libre, con la marca más clara donde estuvo la cama durante dieciocho años. Alrededor, el barro tiene una piel fina que se quiebra cuando uno la pisa. Más allá, el monte, y más allá, aunque desde acá no se ve, el río, que volvió a su cauce hace tres semanas como si no hubiera pasado nada.

Toma el mate parada. Es lo primero que hace en esa casa en veinte años y lo hace parada, con el bolso todavía sin abrir, porque sentarse sería admitir que llegó.

• • •

Tomás llega a las diez con la camioneta del taller y dos bolsas de consorcio. No se abrazan. Se miran, él dice *llegaste* y ella dice *llegué*, y con eso alcanza para los dos. Tiene el pelo más corto y la

misma manera de pararse con el peso en una sola pierna, como si estuviera siempre a punto de irse.

—Las cajas las subí yo —dice—. Lo que estaba en el ropero de mamá y lo que había en el bajo mesada. Lo demás se fue.

—¿Se fue adónde?

—Al río. Al fondo de lo de Nilda. A donde va lo que se lleva el agua.

Julia asiente como si eso fuera una dirección. Tomás mira el sobre en la caja de arriba y no dice nada, y ella entiende que ya lo vio, que lo dejó ahí a propósito, que tal vez lo puso él a propósito. Con Tomás las cosas siempre fueron así: nada se dice, todo se deja a la vista.

Pasan la mañana separando. Él vacía, ella decide. Es el reparto natural: él vive acá, ella vino a decidir. Lo que se salva va sobre la mesa; lo que no, a las bolsas. La mayoría de las cosas no se salvan. Los libros de la madre se abren como acordeones húmedos y las fotos se pegaron entre sí en bloques que no se pueden separar sin romper una cara. Julia guarda igual dos o tres bloques, por si alguien sabe cómo se hace.

A mediodía Tomás dice que tiene que volver al taller y no es cierto, o no del todo. Julia lo deja ir. Antes de subir a la camioneta, él señala con la cabeza la pared del frente, la línea.

—Nilda dice que esta vez llegó más alto que la otra.

—¿Qué otra?

Pero Tomás ya cerró la puerta y el motor tapa la pregunta, y Julia se queda con la palabra *otra* en la mano, como una cosa más que no sabe en qué pila poner.

• • •

Nilda vive en la casa de al lado desde antes de que Julia naciera. Tiene ochenta y tres años y una galería que el agua no tocó porque su marido, hace cuarenta, la levantó sobre pilotes contra la opinión de todo el pueblo. Ahora es la única galería seca en tres cuadras y ella la usa como un balcón, para ver pasar lo que queda.

—Vos sos la de Buenos Aires —dice cuando Julia se acerca al alambrado. No es una pregunta ni un reproche; es una manera de ubicarla, como se ubica una foto en un álbum.

—Soy Julia.

—Ya sé quién sos. Tenías las rodillas siempre lastimadas. Tu mamá te ponía merthiolate y vos gritabas que se escuchaba desde acá.

Julia no se acuerda de eso. Se acuerda de otras cosas, del olor del merthiolate sí, pero no de los gritos. Le pregunta por la creciente y Nilda le cuenta lo que ya sabe: que subió de noche, que avisaron tarde, que a la madre la sacaron los bomberos en bote por la ventana de la cocina y que estuvo tres días en la escuela con las otras familias antes de que Tomás la llevara a lo de él. Que desde entonces no quiere volver a ver la casa. Que dice que ya la vio así una vez y con una vez le alcanzó.

—¿Cómo una vez?

Nilda la mira con esa paciencia que tienen los viejos con los que llegan tarde a todo.

—En el ochenta y nueve, m'hija. Cuando vos tenías cinco años. El agua entró hasta acá —y se toca la cadera— y ustedes se fueron un mes a lo de tu abuela, en Reconquista. ¿No te acordás?

Julia dice que sí, que algo, aunque no es verdad. Lo que se acuerda de los cinco años es una casa en Reconquista con un patio de baldosas rojas y un mes que le pareció largo, y una madre que no hablaba, y un padre que no estaba, que ya no estaba desde antes, y que ella siempre pensó que ese mes había sido por eso. Por el padre. No por el agua.

—Tu mamá no quiso que se hablara más —dice Nilda—. Volvieron, pintaron, y listo. Ella era así. Lo que no se nombra no pasó.

Del otro lado del alambrado, en la pared de la casa de Julia, la línea marrón sigue a la altura del pecho. Julia la mira y por primera vez se pregunta si abajo, debajo de las capas de pintura, no habrá otra línea más vieja, más baja, a la altura de la cadera de una mujer, esperando desde hace treinta y siete años que alguien la encuentre.

. . .

Esa noche duerme en lo de Tomás, en una cama que fue de un sobrino que ya no vive ahí, y no duerme. A las cuatro se levanta, le pide las llaves de la camioneta y él se las da sin preguntar, porque en esta familia no se pregunta, y maneja los ocho kilómetros hasta la casa con las luces bajas, como si fuera a sorprenderla.

El sobre sigue en la caja de arriba. Lo abre a la luz del celular, sentada en la única silla seca, con el bolso todavía sin deshacer a sus pies.

No es una carta. Son muchas. Doce, trece, catorce sobres más chicos adentro del grande, con fechas escritas a lápiz en la

esquina, y la más vieja dice *marzo de 1989*. Todas cerradas. Todas con estampilla. Ninguna con dirección.

Julia las apoya en la mesa una al lado de la otra, como cartas de un juego que no conoce, y afuera empieza a clarear sobre el rectángulo de mosaicos donde estuvo su cama, y en la pared del frente la línea se va poniendo del color que tiene de día.

Cree que va por unos días. Todavía lo cree.

HASTA ACÁ, GRATIS

Lo que había en los sobres empieza en la página 27.



Lo que dejó la creciente es una novela corta: 180 páginas,
se lee en dos tardes. Está en tres lugares.

LIBRERÍAS Pedilo en la tuya; lo consiguen en 48 horas.

MERCADO LIBRE Envío a todo el país. Firmados a pedido.

KINDLE Edición digital, para leer en el teléfono.

vickymoreno.com.ar/creciente